

SERMON  
DE S. JUAN DE DIOS;

PREDICADO

A LA CIUDAD DE GRANADA.

Año 1801.

*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo..... et proximum sicut te ipsum. Matt. XXIII. 37. et 38.*

SEÑORES GRANADA:

Si yo hubiera de presentaros hoy el retrato de un grande de la tierra, mas conocido por sus blasones que por sus virtudes, procuraria desde luego realzar sus bellas calidades, y dotes apreciables de su naturaleza: diseñaria sus mayores proezas, las muestras de su valor y de su sabia política: amplificaria sus servicios á

favor de la patria; y para suplir el mérito que no hallase en mi héroe, subiria de generacion en generacion, hasta encontrar las hazañas de sus ascendientes, estos pomposos títulos que tanto el mundo aprecia. Mas como la carne y sangre jamas adquieren derecho sobre el reyno de Dios, la nobleza y mérito de sus héroes dimanar de muy distinto principio. La caridad, alma y nervio del christianismo es el alto y único origen de la verdadera grandeza delante del Señor, en cuya presencia todo lo mundano es frívolo y caduco.

Esta virtud sublime, y la mayor de todas, en quanto mira á Dios, se denomina *amor* y *misericordia*, si se refiere al próximo. Por manera que abraza los dos grandes preceptos en que estriba toda la ley, segun el evangelio; es decir, el de amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros hermanos como á nosotros mismos; preceptos tan íntimamente unidos, que

no puede observarse uno sin otro. He aqui, Señores, los dos únicos títulos que ensalzan y califican á los hijos de Dios, y que los hacen tanto mas elevados, quanto mas se han señalado en ellos. Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra moral, deberé yo formar el elogio de un héroe de la religion, comparable á Abraham por su fe, á Moyses por su mansedumbre, á Job por su paciencia, á los mas austéros anacoretas por sus penitencias, y á los taumaturgos por sus grandes milagros: hablo de S. Juan de Dios, este hombre extraordinario, suscitado por el Señor en los últimos siglos para apóstol, reparador y víctima de la caridad. Yo no haré mas que recorrer sumariamente su preciosa vida, para manifestaros que esta excelente virtud fué su carácter distintivo en lo moral, porque todas sus acciones respiran *amor á Dios, y caridad con el próximo*: dos reflexiones breves, dignas de esta cátedra, de

mi héroe, y de tan respetable senado. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

*Diliges &c.*

**S**iempre la caridad ó amor de Dios se ha mirado en la Iglesia como principal deber y basa de la religion en lo moral. Cuando el Señor congregó en el monte Horeb á toda la descendencia de Abraham, en la cual queria conservar la memoria y culto de su nombre, les dixo por ministerio de Moyses: Escuchad, hijos de Israël: El Señor Dios nuestro ha hecho alianza con nosotros, y me ha hablado cara á cara sobre el monte Horeb para haceros saber sus voluntades..... Oye, Israël, Dios vuestro Señor es el solo y único Señor: ama-

reis al Señor Dios vuestro con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y todas vuestras fuerzas.

La condicion que sirve aquí de cimiento á la alianza que Dios hace con nosotros en persona de los israelitas, es el fundamento de la Ley natural, que Jesu Christo renovó en los mismos términos, y que debia extenderse á todos los siglos, á todas las naciones, y á todos los hombres. He aquí el poderoso estímulo que hacia decir á Juan de Dios como á otro Pablo: La caridad de Dios me hace instancia. Miróla pues desde sus primeros años como norte fixo de sus operaciones, y empezó desde luego á sentir en su corazón sus admirables efectos. Apenas, qual otro Abraham, salió de su tierra, de su casa y familia, quedó abandonado á la Providencia en tierra extraña; y para huir la ociosidad, raíz de tantos males, se aplicó á la inocente vida de pastor; pero sin perder de vista los dos poderosos moti-

vos que le obligaban á amar á su Dios; esto es, sus grandes perfecciones y su beneficencia.

Mira pues al Señor como un tesoro inmenso; como un Sér supremo, que posee todo dón perfecto, y lo derrama sobre la tierra; como un manantial inagotable de justicia, de sabiduría, de virtud, de bello orden, de ciencia, de inmutabilidad, de bondad y de toda perfeccion; como un Dios que descende del seno de su Padre Celestial para humanarse, vivir entre nosotros, padecer y morir por nuestro amor: y encendido Juan de estas consideraciones, exclama muchas veces con David: *¿Qué retribuiré al Señor por los beneficios que me ha hecho?* ¡Inmenso eres, Dios mio! decia con S. Agustin, y por esto debeis ser amado sin medida por los que redimisteis con vuestra preciosa sangre.

Figuraos, señores, á este nuevo Jacob conduciendo por espacio de catorce años su grey por la soledad, don-

de habla Dios al corazón, principalmente de las almas sencillas, y donde todo las excita á dar alabanza al Señor. El cielo, este libro abierto de sus maravillas; las aguas cristalinas que se despeñan por las rocas, y serpentean por los valles; los frutos espontáneos de la naturaleza; la fragancia de las flores; el suave canto de las aves, son otros tantos poderosos estímulos que encienden el corazón de Juan en el amor de su Dios.

En este simple ejercicio quisiera permanecer toda su vida, libre del tumulto y bullicio del siglo. Pero la Providencia, que le destinaba para mas altos fines, no solo le permitió variar de profesion, sino tambien caer en su desgracia, para levantarle con ventajas. Juan en efecto dexa el rebaño, se aplica á la milicia, y sirve baxo nuestras vanderas en la jornada de 1522 contra Francia, y despues en las guerras de Hungría.

La libertad de la tropa, y los malos

exemplos, que corrompen de ordinario las buenas costumbres, fueron insensiblemente resfriando la caridad de Juan, extinguieron su piedad y su devocion, corrompieron su corazón, y le hicieron caer en el abismo de la culpa. Con tanta facilidad, ¡ó mi Dios! caen por tierra los cedros poderosos del Líbano. ¡Estremeceos, señores! El justo justifiquese mas, y el que está en pie procure no caer, segun la expresion del Espiritu Santo; porque nadie sabe si caerá para levantar como Juan.

En efecto una peligrosa caída de un caballo excitó en él la luz como en otro Pablo, para levantarse hombre nuevo, y seguir en todo la voluntad de su Criador. En dos dias no comió bocado por la fuerza del dolor de sus culpas, hasta que el cielo le proveyó de alimento, como á Elías y al primer ermitaño. A la edad de cuarenta años vuelve á su oficio de pastor, entra en sí mismo, reconoce su yerro,

## 210 SERMONES

y con un torrente de lágrimas de compuncion repara con ventajas como otro Pedro su caída.

Emprende una vida austera, mortificada, penitente, á imitacion del Rey Profeta, castigando su cuerpo y reduciéndolo á servidumbre, qual otro Pablo. Multiplicada su caridad por medio de sus buenas obras, se enciende en vehementes deseos de ir á buscar la corona del martirio, para dar testimonio con su sangre de la Divinidad de Jesu Christo. Animado de este ardiente deseo, fruto de su amor y caridad, y estímulo de ella misma, marcha al Africa con pasos de gigante. De Gibraltar pasa á Ceuta con el ardor del ciervo que busca las fuentes de las aguas. Vende allí sus cortos bienes, y los distribuye en alivio de los pobres cautivos, á los cuales consuela en su tribulacion, confirma en la fe católica, exhorta al amor de Jesu Christo, y solo desea el momento favorable de ser sacrificado por su gloria.

## VARIOS. 211

¡Víctima preparada de la caridad! lograrás tus designios: morirás con la gloria de mártir, y con el dolor de no serlo. La apostasía de uno de los fieles, y el dictámen de su Confesor, le hicieron volverse á España. Tomó tierra en Gibraltar, compró una cesta de quincalla, de estampas y de libros devotos, y se dirigió á esta capital, lugar que Dios le habia destinado para cruz y teatro de su ardiente caridad.

Aquí entró este nuevo Apóstol á los cuarenta y tres años de su edad, en ocasion que el V. Juan de Avila, maestro y director de los mayores santos de su tiempo, predicaba á la ciudad la solemne fiesta de S. Sebastian. Juan de Dios oyó á este nuevo Ambrosio, y derretido como otro Agustino en lágrimas, llenó la Iglesia de sollozos y lamentaciones, detestando á gritos sus pecados: deshacia su pecho á golpes como S. Gerónimo, implorando en altas voces el perdón y la mi-

sericordia del Señor. Herido con la flecha del divino amor, salió Juan como fuera de sí, discurrendo por las calles y plazas á manera de loco, perseguido y maltratado de los muchachos y del populacho, y sin decir mas palabra que: *Misericordia, Señor, misericordia.*

Volvió Juan á su casa desfigurado y lleno de heridas. Dió quanto tenia á los pobres, reducido á una absoluta pobreza, para morir al mundo y á sí mismo, y vivir crucificado con Jesu Christo. Bien presto vuelve á su pretendida locura, corriendo como antes por las calles, hasta que algunos por caridad le recogieron, y lleno asi de sangre y de lodo, le presentaron al V. Juan de Avila.

Este varon apostólico al instante conoció la mocion de unas gracias extraordinarias en Juan de Dios: confesólo generalmente, dióle saludables consejos, y dexólo ir en paz, sin prohibirle por entonces su aparente lo-

cura: teniendo presente, que David se habia fingido loco en presencia del Rey Achís, y que habia baylado delante del Arca quando la mandó traer de casa de Aminadab; ni se le ocultó que Isaías dexó el hábito de penitencia, y ceñido un saco á la cintura marchó desnudo delante de Israél, y que S. Efrem se fingió loco quando supo le habian elegido Obispo.

Siguió pues Juan en su fingida extravagancia, de cuyas resultas le conduxeron al hospital de los locos, tratándole como á tal, y haciéndole sufrir todo género de penalidades; las cuales toleraba gozoso por amor á Dios, con espíritu de penitencia, y por via de satisfaccion de sus pecados. Asi estuvo hasta que el V. Juan de Avila, viéndole hecho un cadáver por su flaqueza, cubierto de heridas y de llagas como un leproso, le mandó emplearse en lo sucesivo en un género de vida mas conveniente á sí mismo, y mas útil á sus hermanos.

Obedeció Juan al punto á la voz de Dios en su director, y en el momento apareció sereno, pacífico, y en todo su acuerdo, con admiracion de los que le custodiaban. Continuó sin embargo por algun tiempo en el hospital cuidando de los enfermos hasta fin del año 1539, en que salió á manifestar al mundo el ardor de su caridad con los miembros de Jesu Christo; es decir, con los pobres y enfermos; segunda reflexion de este discurso, que pasó á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

II. Amarás á Dios tu Señor (dice Jesu Christo) de todo tu corazon... He aqui el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante á este. Amarás á tu próximo como á ti mismo; y por esto afirma San Juan, que el que dice ama á Dios, sin amar á su hermano, permanece aun en tinieblas, y es un mentiroso, porque el que no tiene amor fraternal, no conoce á Dios, que es la caridad misma. He

aqui, señores, el fundamento del christianismo, el compendio de su moral, la llave maestra de las escrituras, el origen de las obligaciones de la caridad y union de los fieles.

Penetrado de estas verdades salió Juan de Dios del hospital á manera de un rio caudaloso, que fertilizando la tierra del corazon humano, lleva por todas partes los abundantes frutos de su caridad. En cada uno de sus hermanos, ya pobres ó ya enfermos, contempla á su amado Jesu Christo, y oye su voz, que interiormente le dice: Juan, todo lo que haces por algunos de mis hermanos, lo haces por mí: en el hambriento me alimentas; me das de beber en el sediento; en el desnudo me vistes; en el huésped me recoges; en el enfermo me asistes; en el llagado me curas; y yo mismo seré la recompensa.

¡O caridad de mi adorable Salvador! ¡qué llama no encendiste en el corazon de Juan! Tú le viste, ¡ó

Granada! tú le viste mas de una vez salir como el siervo del evangelio, por todas tus calles y tus plazas buscando pobres y enfermos que traer á su casa. Tú le viste esperarlos como otro Abraham, por las encrucijadas y entradas de los caminos, para hospedarlos, lavarles los pies, y alimentarlos. Tú le viste como á Tobías, buscándolos por las cavernas y las cuevas. Tú le viste penetrar como otro Job, por despoblados y desiertos, para deramar por todas partes los frutos de su misericordia y caridad con sus hermanos. Tú le viste como al piadoso samaritano, cargar al herido y moribundo, no ya sobre su jumento, sino sobre sus espaldas, para conducirlo al hospital. Tú le viste:::

¿Mas quién es capaz de reducir á compendio los esfuerzos de su caridad? ¿Cómo hay enfermos, se decia con S. Pablo, sin estarlo yo de compasión? ¿Cómo hay quien les niegue su asistencia, privándose del precioso sa-

crificio de la misericordia? No queráis, decia á los ricos con Tobías, no queráis volver la espalda á ningun pobre, para que el rostro de Dios no se aparte de vosotros. No seais omisos en visitar los enfermos, les repetia con el Eclesiástico, si quereis recibir las bendiciones que tiene Dios prometidas á esta obra de misericordia. Partid vuestro pan con el necesitado, los reconvenia con Isaías, hospedad en vuestra casa al pobre y al peregrino; cuando viereis un desnudo, vestidlo, y no desprecieis vuestra carne, para que oigais en el último dia aquellas dulces palabras de Jesu Christo: Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reyno que os está preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; fui peregrino, y me hospedasteis; estuve enfermo, y me visitasteis.

Así se explicaba con frecuencia este apóstol de la caridad en el tiempo mis-



mo en que servia de amparo al huérfano, de defensor á la viuda, de padre y tutor al enfermo, y de zeloso misionero al pecador. No gasta la gallina tanta solícitud en recoger y abrigar sus polluelos, como Juan en buscar los pobres y enfermos, en conducirlos á su casa, en curarlos, asistirlos, y solicitarles la posible comodidad y regalo.

No contento con saber como San Juan Limosnero el tiempo de la enfermedad de cada uno, ni limitándose á curar los enfermos de Granada, como Santa Paula los de Roma, entró en el vasto proyecto de construir este hospital general, para recibir en él y curar á los de todo el mundo. Como era tan ardiente su caridad, alcanzaba su calor á todas partes.

¡Que no pueda yo, señores, presentaros aqui el por menor de la oficiosa solícitud de Juan de Dios, hasta ver concluido este suntuoso edificio para sus enfermos! Baste decir, que el

Obispo de Tuy, Presidente á la sazón de esta Real Chancillería, despues de haberle dado cierta forma de hábito, y puéstole por nombre *Juan de Dios*, le auxilió para este fin con gruesas limosnas, y lo mismo á su imitacion el Marques de Tarifa, y otros poderosos de esta capital, admirando todos en Juan un varon de Dios, principalmente luego que supieron habia consagrado su vida natural por los pobres, en especial por los enfermos, obligándose con voto explicito, y por officio, á solicitarles toda posible asistencia.

No me detengo á referiros cuán acepta era al Señor la caridad y solícitud de Juan de Dios con los enfermos. Baste deciros, que si Abraham en Mambré, Lot en Sodoma, y Tobías en su casa merecieron por su misericordia hospedar en lugar de peregrinos á los ángeles, Juan de Dios no solo mereció en premio de su caridad igual hospedage, sino tambien el

del Rey de los ángeles Jesu Christo, disfrazado en hábito de peregrino, que le dixo: *Juan, á mí me lavas los pies, y á mí me sirves en persona de los pobres.* Baste añadir, que S. Rafael no menos sirvió á Juan de Dios que á Tobías en el ministerio de los enfermos. *Juan, el mismo oficio tenemos,* le dixo un dia, *toma este pan que el cielo te envia para ocurrir á tu necesidad.* ¡Cuántas veces no asistia el santo Arcángel á barrer el hospital, á dar de comer á los enfermos, á curarlos, á hacerles la cama, tomando el hábito y fisonomía de Juan de Dios, entre tanto que el Santo recogia limosna para ellos! Mientras durare la memoria de los siglos, se leerán con admiracion sus obras de caridad con los enfermos, y la Iglesia de los santos enarrará sus limosnas. Ni la persecucion, ni las injurias, ni el desprecio, ni los malos tratamientos fueron capaces de disminuir, mucho menos de extinguir el ardor de su caridad.

¿Pero qué digo? ¿Qué mayor caridad que exponer la propia vida por sus hermanos? Mientras mas asquerosa y pestilente era la enfermedad, mas asistia, acariciaba y regalaba al enfermo. Sentia sus dolores é incomodidades como si fuesen propias; y cuando el voraz incendio de este su hospital, tú le viste, ¡ó Granada! saltar intrépido en medio de las llamas, discurriendo ileso por ellas como los tres mancebos del horno de Babilonia, hasta sacar sobre sus hombros y poner en salvo á todos sus enfermos, porque era mas intenso el ardor de caridad que interiormente le abrasaba, que el del fuego material que le rodeaba por defuera.

En este laborioso é inocente ejercicio de misericordia pasaba Juan gozoso los dias y las noches, concediendo apenas un ligero descanso á sus fatigados miembros, por darlo á sus pobres enfermos, miembros de Jesu Christo. Esta sola consideracion

era todo su consuelo en este valle de lágrimas. Pero Dios, en cuya mano está el número de nuestros días, había ya numerado los de Juan de Dios, y hallándole justo en su balanza, determinó darle la eterna recompensa de su caridad.

Mas para que no faltasen las piedades de este varon de misericordias, le sugirió de antemano instituyese hijos, que herederos de su espíritu exercitasen la caridad con los enfermos por todo el mundo christiano, y en todos los siglos posteriores. Asegurado asi el patrimonio de su misericordia, y conociendo se acercaba su última hora, despues de haberse despedido de sus hermanos y enfermos, recomendándoles la caridad, union y amor recíproco; despues, repito, de haber recibido el sagrado Viático de mano del Arzobispo, á quien encomendó con mucha instancia sus pobres, moribundo como estaba, sacando fuerzas de su flaque-

za misma, se puso á orar de rodillas, y asi entregó el espíritu en manos de su Criador, que antes y despues de su preciosa muerte se ha dignado distinguirle con innumerables milagros, haciéndole digno objeto de la veneracion de la Iglesia, de la aclamacion de los pueblos, y de la imitacion de sus hijos.

Este es, señores, el fiel y verdadero retrato de San Juan de Dios, cuya memoria celebrais. Su ardiente amor al Señor y su misericordia con el próximo le harán siempre pasar en los anales de la Iglesia por apóstol y víctima de la caridad, por tutor y padre de los pobres y enfermos, por defensor de la viuda, y asilo del huérfano; en una palabra, por modelo y exemplar de los verdaderos christianos, que se glorían de discípulos de Jesu Christo, por su amor á Dios y caridad con el próximo. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo... et proximum sicut te ipsum.*

Solo resta, señores, que no seais ociosos admiradores de las sublimes virtudes de este héroe de la religion, que nació en lo interior de Portugal, vino á ilustrar vuestra patria, destinado por Dios para modelo vuestro. Su amor y caridad, que os edificaron por algun tiempo, serán vuestro mas terrible fiscal en el dia de la cuenta, si no le imitais en el cumplimiento de estos dos preceptos, en que consiste toda la ley. En vano pues os gloriareis de hijos de Abraham, si no corresponden vuestras obras. A vosotros tiene Dios encomendados sus pobres, sus pequeñuelos y enfermos. Vosotros sois sus administradores y tutores natos, y á proporcion que seais misericordiosos con ellos, lo será el Señor con vosotros; porque tiene revelado, que *en la medida que midiereis, habeis de ser medidos*. No os dexeis pues seducir del espíritu de avaricia, porque Dios no puede ser burlado ni enga-

ñado en el juicio de vuestra administracion. Considerad, en el pobre á Jesu Christo y dadle lo que la Providencia depositó en vuestras manos para su alivio. Asi cumplireis con el precepto de la caridad, fin de vuestra peregrinacion, y objeto principal de vuestros deberes. Este es el culto que Juan de Dios exige de vosotros, y este es el único medio de haceros dignos de las bendiciones de Dios, que vive y reyna, Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

II. M. S. ENO. I.